11775

ANTONIO M. VIÉRGOL

LOS VENCIDOS

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

Copyrigh, by Antonio M. Viérgol, 1910

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

8

LOS VENCIDOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS VENCIDOS

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO M. VIÉRGOL

Estrenada en Barcelona, San Sebastián, Valladolid y Madrid

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Sra. Ruiz.
DOÑA AURORITA	Srta. Alba.
DOÑA ESPERANZA	Sra. Echevarría.
JUANA	Ortiz.
LOLA	Srta. Pardo.
BENITA	Pino.
ISABEL	Seco.
SARA	
ÁFRICA	La Torre.
DON MARCOS	Sr. Simó-Raso.
PEPE	Manrique.
JULIO	Barraycoa.
UN VIEJO MODERNISTA	Romea.
FERMÍN	Pérez Indarte.
MOZO 1.º	Girón.
IDEM 2.º (No habla.)	
IDEM 3.º (Idem.)	
IDEM 4.º (Idem.)	

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

678149

Reparto de Barcelona

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Srta. Suárez (Nieves).
DOÑA AURORITA	
DOÑA ESPERANZA	
JUANA	Ziur.
LOLA	Peña.
BENITA	Toscano.
DON MARCOS	Sr. La Riva.
PEPE	Mata.
JULIO	Villarreal.
UN VIEJO MODERNISTA	Mendiguchía.

A Nieves Suárez

A los hijos más desgraciados es á los que más se les quiere, según un viejo decir de las gentes... Esta comedia, hija mía, que tuvo buen éxito en San Sebastián y en Valladolid interpretada por la compañía de Lara y á la que tu gran talento de artista y tu inimitable condición de directora de escena, hicieron triunfar en el teatro Eldorado de Barcelona, colocándose, por derecho propio, en tu excelente repertorio, no fué tan afortunada en Madrid, con gran sorpresa mía y de la prensa que reconoció excesiva crueldad en sus juzgadores.

Pero, como yo acato los fallos, aunque no sean unánimes, como no lo fueron en Lara, hube de retirarla y por esta su desgracia, la quiero más que á otras.

¿A quién mejor que á ti en cuyas manos corrió tan buena suerte, he de dedicársela?

Recíbela como la mejor prueba de gratitud por tu celo y de admiración por tu talento.

Antonio Viérgol.

A los Directores artísticos

Esta comedia ha tenido éxito franco en distintas provincias y fue protestada por una parte del público en el teatro de Lara, por lo cual, siguiendo una costumbre en mí inveterada, hube de retirarla.

A vuestro criterio propio la entrego; vosotros veréis si merece ó no representarse.

El Autor.

ACTO PRIMERO

Salon suntuoso, pero de muebles antiguos. Puerta al foro y cuatro laterales. Al foro izquierda un piano; colgado sobre él un magnífico retrato de caballero de la época de Carlos IV, bien visible. El resto del decorado de la habitación adecuado. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y ELENA. Elena, con una pluma de ave y una jícara, da aceite al piano. Isabel ha sacado los candelabros y los limpia con una gamuza

ISABEL — Su mamá de usted es tonta de remate, señorita Elena.

ELENA — Ya lo sé, hija mía, ya lo sé; pero es madre y la ciega el deseo de casar bien á sus hijas.

ISABEL — Por supuesto que más tontas son la señorita Juana y la señorita Lola.

ELENA — A esas las ciega el amor.

ISABEL — ¿Pero es que se creen que el señorito Julio y el señorito Pepe se van á casar con ellas?

ELENA — ¿Que si se lo creen? Dilas que no y verás lo que te contestan.

ISABEL — Ahí van á estar un hijo de un conde y un hijo de un marqués para ellas muertos de risa.

ELENA — ¡Y tan muertos de risa como están, Isabel!

Por supuesto, que poco he de poder ó van á dejar muy pronto de reirse de ellas.

ISABEL Y hará usted muy bien, señorita; que es una lástima que estén las pobres dando qué decir á la vecindad sin comerlo ni beberlo.

ELENA ¿De modo que la vecindad? ..

ISABEL Ya sabe usted, señorita Elena, que las gentes son muy maliciosas... y más tratándose de mujeres solas... y luego, como da la casualidad de que andan ustedes bastante atrasadillas para los pagos...

ELENA ¡Qué vergüenza!

ISABEL Bien sabe Dios que no lo digo por mis salarios, que yo, al fin y al cabo, soy como si fuese de la casa. Por eso me da rabia lo que sucede.

ELENA Tienes razón, Isabel; la misma gente supone que esos muchachos no pueden entrar aquí con buenos fines.

ISABEL Yo no sé su mamá en qué está pensando.

ELENA ¡En qué quieres qué piense! En lo que piensan todas las madres: en casar á sus hijas lo mejor posible.

ISABEL Pero no tanto.

ELENA Pues ya sabes su muletilla: que por qué no se han de casar con aristócratas las hijas de un magistrado.

ISABEL ¡Y biznietas de un mayordomo de casaca y boca!

ELENA De casa y boca.

ISABEL Pues esa es la equivocación de su mamá: el creer que después de muerto el señor (que en paz descanse) siguen ustedes siendo las hijas de un magistrado.

ELENA ¿Pues qué somos?

ISABEL Ya me entiende usted, señorita Es como seguir llamando á ese cuarto el *despacho del señor*, cuando hace un siglo que se llevó los muebles el prendero.

ELENA Tú quieres decir que no es lo mismo tener el padre en el Tribunal Supremo, que tenerlo en el Camposanto y cobrar dos mil pesetas mensuales de paga que cuarenta duros de viudedad.

ISABEL ¿Y no es una tristeza lo que ocurre en esta casa, que, por aparentar lo que no se tiene, todo se lo está llevando la trampa?

ELENA ¿Y qué quieres que yo le haga, si mi madre cree que va á casar así á mis hermanas.

ISABEL La verdad es que usted no parece de la familia. (Llaman.)

ELENA Deben ser ellas que vienen de dar el paseo por Recoletos.

ISABEL De *sacar agua á la noria.* (Vase por el foro.)

ELENA Me es antipático Recoletos; es el mercado de las esclavas de la clase media.

ISABEL (Saliendo.) El prendero recomendado por su tía Aurorita, que viene á ver el piano.

ELENA Que pase. Ya le ha llegado el turno al piano. (Vase Isabel por el foro.) Con él parece que se va de las casas el arca de las alegrías y las ilusiones.

ESCENA II

DICHA, DON MARCOS é ISABEL, por el foro

MAR. ¿Da usted su permiso?

ELENA Adelante.

MAR. A los pies de usted, señorita. Yo vengo de parte de doña Aurora.

ELENA ¿Es usted el que tiene la prendería frente á su casa?

MAR. Prendería, no, señorita. Establecimiento de compra y venta mercantil de objetos de arte y muebles antiguos y modernos, mantones de Manila, alhajas y otros efectos. Se toman papeletas del Monte. *Sí.*

ISABEL (Nos ha soltado toda la muestra.)

ELENA Pues, este es el piano. Le advierto á usted que no queremos malvenderle, porque, afortunadamente, no tenemos necesidad.

MAR. Mucho, mucho. *Sí.*

ISABEL (Te creerás que le engañas.)

ELENA Está un poco desafinado de estudiar en él.

MAR. Todas las que estudian música tienen el

piano desafinado. Es gracioso. Es como si un barbero tuviese melladas las navajas. *Sí.*

ELENA Es de Pléyel.

MAR. Mucho.

ELENA Lo compró papá en París.

MAR. Mucho, mucho.

ELENA Creo que le costó dos mil francos.

MAR. Mucho.

ELENA Pero le daríamos por la mitad.

MAR. Mucho, mucho.

ELENA ¿Cómo que mucho?

MAR. Perdone usted, señorita; es una muletilla. *Sí.*

ELENA Desde que murió el pobrecillo, no tenemos humor para nada. Por eso le vendemos.

MAR. Mucho.

ISABEL (¡Vaya un estribillo generoso para un prendero!)

MAR. Pues yo no puedo dar por el piano más que doscientas pesetas. *Sí.*

ELENA ¡Cuarenta duros!

ISABEL (Ya decía yo que *los muchos* de este tío, eran de boquilla.)

ELENA ¡Pero si la madera los vale!

MAR. Yo le aseguro que no encuentra usted quien le dé un céntimo más.

ISABEL Parece mentira que un hombre que no se le cae el *mucho* de la boca, dé tan poco.

MAR. Joven; peor es á quien no se le cae de la boca el «te quiero», y luego no da más que disgustos.

ISABEL (Este conoce á mi novio.)

ELENA ¡Cuarenta duros un piano de la mejor marca y semi-nuevo!

MAR. Mire usted, señorita; me voy á alargar á los cuarenta y cinco duros. ¿A que no sabe usted por qué?

ELENA Porque es una ganga.

MAR. Porque es usted el vivo retrato de mi difunta, que esté en gloria, y me ha sido usted muy simpática.

ELENA Muchas gracias por las veinticinco pesetas de simpatía.

MAR. Sí; cuarenta y cinco duros voy á dar, vaya.

No es por el piano, que no los vale, señorita: que desde que hay gramófonos andan tirados, como los coches, desde que hay automóviles; es que esos cinco duros parece que me los gasto con ella.

ELENA ¿Tan parecidas somos?

MAR. Mucho. Hasta en el metal de la voz. No era tan distinguida como usted, ni tenía tan finos modales, porque la pobre no era señorita: ¡pero lista y trabajadora!... Como que me conoció comprando mendrugos y vendiendo manteca de caballo, y ella sola levantó la casa. ¡Pues si llega á tener estudios!

ELENA Sí que es una lástima que se muriera.

MAR. En fin; creo que en cuarenta y cinco duros me quedaré con el piano.

ELENA Cincuenta quería mamá lo último; pero...

MAR. Mucho. Vayan los cincuenta.

ELENA No, por Dios; ya que ha sido usted tan amable...

MAR. ¿Qué más da? Todo es que se tarde en vender un poco más tiempo.

ELENA Vaya, pues muchas gracias; y siento en el alma haberle traído á usted á la memoria tan tristes recuerdos.

MAR. Al contrario, señorita. Voy á avisar á los mozos, que los tengo ahí abajo. *Sí.*

ELENA Es usted previsor...

MAR. Sí. Es que ya me ha sucedido comprar un mueble, dar el dinero, y cuando han llegado los mozos encontrarse sin inquilinos. Con permiso. (Vase por el foro.)

ISABEL ¡Pero ha visto usted, señorita!

ELENA Un prestamista sentimental.

ISABEL ¡Vaya una proporción que le ha salido á usted!

ELENA ¡Tendría que oir mi mamá! ¡La hija de un magistrado y nieta de un mayordomo de casa y boca, casarse con un trapero!

ISABEL Pues ya daría yo algo por parecerme á su difunta.

ELENA Para ver si el hombre entraba en ganas de adquirir la copia.

ISABEL Mucho. Ya se me ha pegado la muletilla.

ESCENA III

DICHAS, DON MARCOS y los cuatro MOZOS por el foro

MOZO 1.o Buenos días tengan ustedes.

MAR. Cargarle con cuidado, y á ver si no le dais golpes al bajar por las escaleras.

ELENA (A Isabel.) Me da tristeza verle salir; parece que se llevan á enterrar á un ser querido.

ISABEL Como que á los muebles se les toma cariño lo mismo que á las personas.

MAR. Señorita.

ELENA ¿Qué?

MAR. Diga usted á su mamá, que si quiere vender ese cuadro, también se le compro.

ELENA Es un retrato de familia.

MAR. Mucho.

ELENA Un abuelo.

MAR. ¿Está usted segura?

ELENA ¡Eh!

MAR. Lo digo porque yo vendo en mi casa familias completas y parientes sueltos de la época que se quieran. Ahora, precisamente, voy á llevarle á un señor un abuelo paterno de tiempo de Fernando VII.

ELENA Pero, ¿hay quien compra familias ajenas?

MAR. Los que no la tienen propia. Conque ya lo sabe usted, señorita: Bola, 30. Establecimiento de compra y venta mercantil de objetos de arte y muebles antiguos y modernos, mantones de Manila, alhajas y otros efectos.

ELENA No se me olvida.

MAR. Se toman papeletas.

ELENA Sí, sí. Ya le diré á mi mamá lo del retrato.

MAR. Mucho, mucho. Para servir á usted, señorita. (Vase por el foro.)

ELENA Adiós. (Isabel sale á acompañarle.) Ya empieza á desmoronarse este maldito salón de las mentiras y de los convencionalismos sociales, al que se ha sacrificado la vida de toda la casa. Al fin acabarán las ridículas reuniones da-

das para aparentar lo que no se tiene, y á las que sólo vienen gentes que no tienen lo que aparentan. Si estos muebles hablasen, no contarían más que tristes y vulgares historias de miserias y sacrificios. ¡Y es de aquí, de este antro del dolor, de donde mi madre sueña que puede salir la felicidad de sus hijas! ¡Pobre madre mía!

ISABEL (Saliendo por el foro.) Señorita: debe ser un santo varón. ¿A que no sabe usted lo que me ha dicho en la puerta? Que sentiría que pase trabajos una mujer tan parecida á la suya, que si no estuviera seguro de haberla enterrado, creería que era la misma.

ELENA La verdad es, que siendo prestamista, parece mentira que con tan buenos sentimientos haya hecho fortuna.

ISABEL Eso prueba lo que da el negocio.

ELENA Ya se ganará el cincuenta por ciento con el piano.

ISABEL ¿Y qué va á poner ahora su mamá en ese hueco?

ELENA Ensanchará más las sillas como cuando se llevaron el entredós.

ISABEL Se va quedando en cuadro toda la casa.

ELENA Cuando mis hermanitas se casen, tendremos palacios...

ISABEL Me parece que no nos caeremos por las escaleras.

ELENA Luego dicen que yo las tengo envidia, y hasta mi madre me mira con recelo y piensa como ellas. ¡Ah! ¡Si yo fuera hombre, Isabel, si yo fuera hombre!... ¿Quieres mayor tormento que ver venir la catástrofe y no poder evitarla?

ISABEL Y su tía Aurorita, ¿cómo no trata de convencer á la señora?

ELENA Ya lo ha intentado y lo ha dejado por imposible. Además, que es hermana de mi padre y entre cuñadas hay siempre prevenciones y desconfianzas...

ISABEL ¿Y don Sixto, que era tan buen amigo del señor?

ELENA Ya le he hablado y se ha limitado á compa-

decerlas y á compadecerme. Dice que las mujeres no pasan en Gramática de la conjugación del verbo *amar;* así es que nunca aprenden la del verbo *temer.*

ISABEL Sí que somos valientes.

ELENA ¡Quién sabe si, por eso, nos ha escogido la Naturaleza para los más grandes dolores!... (Suena el timbre.)

ISABEL Esas sí que son. ¿No oye usted las carcajadas? (Sale á abrir.)

ELENA ¡Infelices! Llaman alegres como si llamasen á las puertas del cielo. ¡Ay! ¡Este es un cielo que hace almoneda!...

ESCENA IV

ELENA, DOÑA ESPERANZA, JUANA, LOLA, PEPE y JULIO

JUA. Hola, Elenita. (La besa.)

ELENA ¡Chica, cómo vienes de polvo!

ESP. ¿Qué tal, hija mía? (La besa.)

ELENA Pero ¿dónde os habéis metido?

JULIO ¡A los pies de usted, Elenita!

JUA. Te has perdido una excursión en automóvil deliciosísima.

ESP. Hemos estado en la Venta del Grajo.

LOLA Mamá ¡por Dios! En la Venta del Fraile.

ESP. Yo bien decía que era una cosa parecida.

ELENA ¿Y hacia dónde cae eso?

JUA. ¿Hacia dónde cae, Julio?

JULIO Pues en la Sierra, más allá de Rascafría.

LOLA Hemos ido en el auto de Pepe, porque el de Julio tiene roto no sé qué cosa importante.

JULIO El diferencial nada menos.

JUA. Pero si vieras lo que corre á pesar de ser tan chiquitito..

PEPE No tan chiquitito. Es un Cissér de cuatro asientos.

ELENA ¿Y cómo han podido ir tantos?

LOLA Divinamente.

JUA. No puedes figurarte qué panorama más bonito.

LOLA Un gamo ha saltado por encima de nosotros.

ESP. Yo no he visto nada, porque con el miedo que llevaba y á esa velocidad no piensa una más que en cerrar los ojos.

JULIO Como usted nnnca qniere acompañarnos..,

ELENA Pues hijo, si llego yo á ir no sé cómo se hubieran ustedes arreglado.

JULIO Ya se hubiese hecho hueco. Los automóviles son como zurrón de peregrino; nunca se ven llenos.

PEPE En ese mismo coche hemos ido hasta ocho.

ELENA Pero no irían señoras... (Se miran todos.)

ESP. (Como mudando de conversación.) ¡Calla! Ahora que me fijo. ¿Se han llevado á arreglar el piano?

ELENA ¿A arreglar? ¡Ah! Sí.

ESP. ¿Y cuándo han dicho que lo traerán?

ELENA Va para largo: tiene rota también una cosa muy importante como el automóvil de Julio.

ESP. ¿Y cuánto? ¿Cuánto han pedido por la compostura?

ELENA Pues... lo que tú te figurabas.

ESP. Mira, Juanita, hija; haz el favor de ensanchar esas sillas, que no sé lo que me da ver ese hueco.

JUA. ¡Ay, mamá, estoy muy cansada!

ELENA Yo las ensancharé. Parece imposible que os canseis yendo en automóvil.

JUA. No ves tú que como hemos ido tan lejos...

LOLA Hemos merendado opíparamente. Mamá, sobre todo, ha devorado.

ESP. Se conoce que los paseos en automóvil abren el apetito, porque en casa todas comemos muy poco.

ELENA Todas. La mayor parte de las noches cenamos chocolate.

LOLA No puedes figurarte qué lujo el de la posada del Fraile. ¡Tienen hasta divanes y piano!

JUA. Y unos espejos muy graciosos; todos rayados y llenos de nombres.

LOLA Si llegamos á llevar las sortijas escribimos los nuestros.

JULIO (A Pepe.) Son unas infelices.

ESCENA V

DICHOS, BENITA é ISABEL por el foro

BEN. (Desde dentro y á grandes voces.) ¿Que no paso? ¡Vaya si paso!

ESP. (¡La Benita!)

BEN. ¡Miusté que decir que no están en casa y las estoy oyendo hablar desde la puerta!... (Entrando.) Muy buenos días.

ESP. Hola, Benita.
JUA. Hola, Benita. } (Contrariadas.)

BEN. ¡Gracias á Dios que se les echa á ustedes la vista encima; que me estoy gastando en suela y en papel de escribir todo lo que me deben!

ESP. ¡Pero, qué dice! ¡Ay! ¡Yo me pongo mala!

JUA. ¡Eso es una infamia!

LOLA Voy á llamar á los guardias que se lleven á esta mujer.

ESP. No; que va á ser peor.

BEN. Si eso es lo que yo quiero, que se arme escándalo para que se entere la vecindad, y el barrio, y todo el mundo, de quiénes son ustedes.

JULIO Señora: repórtese usted.

ESP. ¡Ay! ¡A mí me va á dar algo!

LOLA (¡Qué vergüenza!)

ELENA Benita; calmese. Hágalo usted por mí.

BEN. Lo haría, señorita, porque usted se lo merece todo; pero antes son mis hijos y los cuatro cuartos que había una ahorrado para ellos.

JUA. Ya se le pagarán.

BEN. Eso me están ustedes diciendo hace cuatro años, y no he visto un céntimo.

LOLA Eso no es manera de pedirlo.

BEN. Lo he pedido de todas las maneras, y estoy dispuesta á llevarlas á ustedes a los tribunales por tramposas.

JULIO ¡Señora!...

PEPE (¡Cállate: porque á éstas no hay más que matarlas ó dejarlas!)

ESP. Ya la he dicho á usted que estoy en trato para realizar una de mis fincas.

ELENA (No puedo con estas mentiras.)

BEN. También es extraño que en diez años que he servido en la casa no haya oido hablar de las tales fincas.

LOLA Porque... las tenemos arrendadas.

JUA. Son fincas de labranza.

ELENA (No tienen enmienda.)

BEN. Lo que están ustedes realizando es la casa; ahora mismo se acaban de llevar el piano, según me ha dicho la portera.

LOLA Se lo han llevada á arreglar.

JULIO Señora: me va usted á permitir. No tiene nada de extraño que en las casas más fuertes haya á veces apuros...

ESP. No, por Dios, Julio; si es cuestión de unos días.

BEN. Señora, que yo no me voy de aquí sin el dinero ó sin las seguridades del pago. Que ya he esperado bastante tiempo.

JULIO (Echando mano á la cartera.) ¿Qué se la debe á usted?

BEN. Siete mil reales.

JULIO Bueno... pues esta misma noche tiene usted el dinero en su casa.

BEN. Está bien, señoritos; no tengo el gusto de conocerles á ustedes; pero, vamos, ya sé, por referencias, quién son ustedes.

ELENA (También ésta ha creído lo que dice la vecindad. ¡Qué vergüenza!)

BEN. Y disimule usted, doña Esperanza, y ustedes disimulen, señoritas, que yo nunca hubiera dado este paso, si no es por temor á que mi marido hiciese alguna barbaridad.

JULIO Bueno; déjese de dar explicaciones, después de dar el escándalo.

ESP. Esa es la manera de agradecer el pan que ha comido en mi casa.

BEN. Señora: también lo he ganado.

LOLA Después que si pescó usted al carnicero fué

porque nosotras la vestíamos y la poníamos guapa.

BEN. Algo tendría yo, señorita; que ya sabe usted que aunque la mona se vista de seda...

JUA. Ya se acordará usted de nosotras.

BEN. Ya me acuerdo, señorita Juana. Hace cuatro años que no se me van ustedes de la memoria.

PEPE Bueno, señora: usted, lo que quería, ya lo tiene, ¿no es verdad?

BEN. Lo tendré.

PEPE Como si lo tuviera.

BEN. Basta que ustedes lo digan.

JULIO ¡Puede usted retirarse!

BEN. ¡Qué atrocidad! Señorito, no creo que haya venido á pedir nada que no sea mío.

PEPE Por eso se la paga.

BEN. Pues que ustedes lo pasen bien; adiós, señorita Elena. Por usted siento todo lo que ocurre, que es usted una santa.

PEPE Y cuando la lleven el dinero, haga el favor de entregar el recibo.

BEN. Pierda usted cuidado que no me quedo con él; que se pueden perdonar los siete mil reales por no volver á cobrarlos.

ESP. Descaradota.

JUA. Isabel, acompañe usted á esta mujer á la puerta.

BEN. (Haciendo mutis con Isabel.) Acompáñeme usted; no sea que me vaya á llevar el perchero. (Mutis.)

ELENA (A doña Esperanza.) ¿Por qué no le has dado los cincuenta duros del piano?

ESP. Porque hacen falta para la modista.

ELENA (¡Siempre los trapos!)

JUANA (Asomándose por el foro, como si desde él se viese la antesala.) Isabel, cierre usted esa puerta; que no tiene usted nada que hablar con esa... señora.

JULIO (A Pepe.) Bien las he sacado el toro.

PEPE Con una larga lagartijera.

JULIO Pero que muy larga.

ESP. ¿Han visto ustedes qué escena? Gracias á que ustedes nos conocen.

PEPE Señora, por Dios...

JUA. Por supuesto que ese dinero se lo mandaremos nosotras.

LOLA Naturalmente: que se espere unos días.

JULIO No merece la pena hablar de ello.

ESP. Tiene razón Julio. No merece la pena por una insignificancia que vuelva á darnos otro escándalo en medio de la calle.

LOLA Pero, mamá, eso es abusar de Julio y de Pepe.

PEPE ¡Qué atrocidad!

JULIO ¡Vaya un abuso!

ESP. Pero, hijas mías, no parece si no que no nos conocemos todos.

ELENA (¡Ya lo creo que nos conocemos!)

JULIO Vaya, nos vamos; porque sino, van ustedes á estar hablando toda la tarde de lo mismo, y no merece la pena.

PEPE Esta noche irán ustedes á la inauguración del Circo.

LOLA ¿Iremos, mamá?

ESP. ¡Ay, hijas! Con este disgusto yo no tengo humor para nada.

JUA. Ni yo tampoco: estoy muy nerviosa.

ELENA (Lo que no tienen es ropa.)

PEPE Pues, entonces, hasta mañana, que haremos otra excursión en automóvil.

JUA. / LOLA ¡Ay; sí, sí!

ESP. ¡Pero no tan deprisa como hoy!

PEPE Pierda usted cuidado. Hasta mañana. (Dándole la mano.) A los pies de usted, Elenita.

ELENA Adiós, Pepe.

JULIO (Que ha dado ya la mano á doña Esperanza.) ¿Vendrá usted con nosotros mañana? (A Elena.)

ELENA Cuando tenga usted ya compuesto su automóvil. (Mañana los que no venís sois vosotros.) (Juana y Lola salen á despedir á Julio y Pepe á la antesala.)

ESP. ¿Qué te ha parecido la Benita?

ELENA Que ha tenido muchísima paciencia.

ESP. ¿Paciencia y nos ha llenado de insultos?

ELENA A insulto por cada mentira que le habéis echado en los cuatro años.

ESP. Sobre todo ha debido mirar que había delante gente extraña.

ELENA Si lo ha hecho apropósito; sí, seguramente, ha estado esperando en la esquina á que subiérais. Pero no la han salido las cuentas.

ESP. Naturalmente; como que gracias á Dios, Pepe y Julio, nos conocen y saben que somos unas personas decentes.

ELENA No es por eso; es porque ella cree lo que cree toda la vecindad: que Pepe y Julio son algo más que los novios de mis hermanas.

ESP. ¡Qué dices! ¡Eso es una infamia! ¡Ultrajar así á las hijas de un magistrado y nietas de un gentilhombre de casa y boca! (Se sienta llorando en un sillón.)

ESCENA VI

ESPERANZA, ELENA, JUANA y LOLA

JUA. Pero, ¿qué gritos son estos que se os oye desde la puerta?

ESP. ¡Ay, qué disgusto! ¡Van á acabar conmigo!

LOLA ¿Qué pasa?

ESP. Que en la vecindad creen que Julio y Pepe son vuestros amantes.

JUA. ¿Quién ha dicho eso?

ELENA Lo he oído yo; mejor dicho, ha llegado á mis oídos. Además, Benita lo ha dejado entrever bien claramente.

JUA. Envidias. La rabia que las come á muchas.

ESP. Sí, hijas mías; envidias y nada más que envidias, porque ven que vais á hacer una buena boda.

JUA. Siempre serán esas cursis de arriba que, porque no nos tratamos con ellas, hasta la basura nos tiran á los balcones.

LOLA O las botijitas de al lado, que todos los días se adornan con lazos distintos, para ver si Pepe y Julio se fijan ellas.

ESP. O las niñas del encuadernador, que también tienen sus pretensiones.

ELENA Serán envidias; sobre todo son calumnias;

pero no me negaréis que las favorece las apariencias.

ESP. ¿Qué apariencias? No sé yo que salir de paseo en automóvil, yendo con su madre, sea un delito.

JUA. Ni que tenga nada de particular que las hijas de un magistrado estén en relaciones para casarse con chicos de buena familia.

LOLA Más daría que hablar el que habláramos con un organillero.

ESP. Eso es lo que ellas quisieran.

ELENA En nuestra situación todo da que hablar; tener en cuenta que somos tres muchachas huérfanas, que no tenemos la sombra de un hombre que nos proteja; que, por desgracia, andamos bastante mal de intereses...

ESP. Somos muchas las que estamos en el mismo caso. Ahí tienes, sin ir más lejos, á las de Berejano.

ELENA Y á ver qué has dicho tú misma de ellas.

ESP. Yo no he dicho más que lo que dicen las gentes.

ELENA Pues aplícate el cuento.

JUA. Ahora mismo voy á escribir á Julio diciendo que no mande el dinero á la Benita, que ya se lo hemos mandado nosotras.

LOLA Calla; pero si no saben dónde vive, ni se han acordado de pedirnos las señas. ¡Qué cabezas!

ELENA Como que ni un momento han pensado en mandárselo.

LOLA ¿Qué? ¿Esos también están arruinados?

ELENA No, hija; pero no se tiran así á la ventura siete mil reales.

ESP Ya se lo pagaríamos.

ELENA Como á la Benita.

ESP. Mañana les decimos que ya no hacen falta. Esa fiera de mujer nos ha hecho perder el juicio.

ELENA No hará falta decírselo. Esos ya no vuelven.

JUA. ¿Cómo que no vuelven?

ELENA A estas horas están en el Círculo comentando lo ocurrido con sus amigotes.

ESP. No sé qué van á comentar.

LOLA — No es la primera vez que una criada mal educada se desvergüenza con los señores.

ELENA — ¿Qué tal las hermanitas?—les habrá preguntado alguno de ellos.—Y Julio que es el más ocurrente habrá respondido, como si lo oyera: «Chico, no volvemos; que nos cuesta la broma mil quinientas del ala.»

ESP — ¡Burlarse así de mis hijas! ¡De las hijas de un magistrado!

LOLA — No hagas caso, mamá; son cosas de Elena, que es la más sabia de la casa.

JUA. — Y que también ha tomado nuestras relaciones entre ojos, como la vecindad.

ELENA — Envidias...

JUA. — Puede; como á ti todos los novios te han salido ranas...

ELENA — Porque vivía engañada como vosotras.

ESP. — ¡Ay, hija! Eres como el perro del hortelano que ni te casas ni dejas casar á tus hermanas.

JUA. — Pues nos casaremos.

LOLA — No vamos á quedarnos como tú para vestir imágenes.

JUA. — Y al que le moleste que se fastidie.

ELENA — No será á mí.

JUA. — Pues lo parece.

LOLA — Sobre todo tú no eres quién para meterte en nuestros asuntos.

ESP. — A callar: no está bien que regañéis siendo hermanas.

ELENA — ¡Cualquiera lo diría! (Llora.)

ESCENA VII

DOÑA AURORITA con lentes é ISABEL

ISABEL — (Desde la puerta.) Doña Aurorita.

JUA. — Esta solo faltaba. Me voy á mi cuarto. (Mutis derecha.)

LOLA — Sí; vamos; que también la tía Aurorita es de las que se lo saben todo. (Mutis.)

ESP. — Entre unas y otras vais á acabar conmigo. (Se sienta.)

AUR. Buenas tardes. (Silencio.) ¡Buenas tardes! (Más fuerte.)

ESP. ¡Ay! Me has asustado. Buenas tardes.

ELENA (Jipando.) Hola, tía Au-ro-ri-ta.

AUR. ¡Vaya por Dios! ¿Ya estamos como todos los días?

ESP. Y acabaremos por volvernos locas.

AUR. Me parece que ya lo estais.

ESP. Solo falta que vengas tú á echar leña al fuego, después de lo que ha pasado.

AUR. ¡Que ha pasado!

ESP. La Benita, que nos ha armado un escándalo mayúsculo delante de los chicos, y ¡nos ha llamado tramposas!

AUR. Pero, ¿no lo sabían?

ESP. ¡Qué cosas dices! ¡Vamos á darles cuentas de lo que debemos!

AUR. ¿Qué de particular tiene? ¿No van á ser dueños de tus hijas? Pues á todo el que va á ser dueño de una casa, se le advierten los censos y las hipotecas que pesan sobre ella.

ESP. No sé yo que las esposas se tomen como las fincas, consultando el Registro de la propiedad.

AUR. ¡Ay, hija! Hay quien antes de casarse consulta hasta el Archivo de Simancas.

ESP. ¿Ya vas á parar á lo de siempre? ¿A que esos muchachos solo vienen á divertirse?

AUR. Mujer, ¿quién no se divierte presenciando todas las tardes una escena como la de la Benita?

ESP. ¡Cómo se conoce que tú no has pasado el sofocón!

AUR. Ni lo pasaré en mi vida, porque no me meteré jamás en gastos superfluos.

ESP. No hablarías así si tuvieras hijas que vestir y que presentar en el mundo.

AUR. Las vestiría como pudiera, y si no, no las vestiría.

ESP. Si te parece las llevaré desnudas.

AUR. Al paso que vais no tardaréis en quedaros todos encueros.

ESP ¿Y qué quieres que haga?

AUR. Vivir dentro de la realidad y presentaros modestamente.

ELENA Tiene razón la tía Aurorita.

ESP. ¡Van á ir hechas un pingo las hijas de un magistrado!

AUR. ¿Y qué? ¿No soy yo también hija de un general? Pues cuando murió mi padre me acomodé á la orfandad, y vivo tranquila, y más de una vez sabéis vosotras cuando me sobra un duro.

ESP. No niegas la casta: eres como tu hermano, que era presidente de Sala de lo territorial, y todavía llevaba puños de *cauchú* como cuando estaba de oficial en una escribanía.

ELENA ¡Ay, si el pobrecito levantara la cabeza!

ESP. También tú eres su vivo retrato: por eso estás siempre de acuerdo con tu tía.

AUR. Porque tenemos sentido común.

ESP. Pues buen provecho os haga y dejad en paz á los que no lo tienen; que parece que gozais en martirizarme. (Levantándose y paseando nerviosamente.)

ELENA ¡Pero mamá!

ESP. Tú eres la primera que parece que tienes interés en que fracase la boda de tus hermanas. ¡Cualquiera diría que las tienes envidia!...

ELENA ¿Pero ha visto usted, tía? Se han puesto las tres contra mí y van á acabar por hacerme imposible la vida.

ESP. Y tú á nosotras.

ELENA Pues me iré.

AUR (Consolándola.) Sí, hija, sí, vente conmigo unos días hasta que pase el turbión; que ya nos arreglaremos.

ESP. No se os ha podido ocurrir cosa mejor. A ver si así logramos tener un momento de tranquilidad en la casa.

ELENA (Aproximándose á la puerta del foro.) ¡Isabel!

AUR. El tiempo dará la razón á quien la tenga.

ELENA (Desde la puerta.) Tráeme la mantilla. (A Esperanza.) Aquí tienes los cincuenta duros que han dado por el piano. (Dejándolos sobre la mesa del centro.)

AUR. Se ha portado mi vecino. Ya teneis para los sombreros de verano.

ISABEL Aquí está la mantilla. (Ayuda á ponérsela.) Ya vi por el ventanillo que era la Benita; la he dejado entrar á ver si escarmientan.

AUR. Bueno: pues, adiós, mujer. Y ya nos darás parte de la boda.

ESP. Id con Dios. (Enfadada y sin mirarlas.)

ISABEL (¡Hoy ha debido ser gorda!)

ELENA (Volviendo desde la puerta.) ¡Ah, mamá; se me olvidaba!

ESP. (Furiosa.) ¡Qué!

ELENA Ha dicho el prendero que, si quieres, también te compra el retrato del abuelito.

ESP. ¡Vender ese retrato!... ¡Nunca! Antes saldré yo con los pies por delante de esta casa.

(Isabel da una carcajada. Doña Esperanza cae en el sillón con la cabeza entre las manos. Elena sale despacio, llorando y mirando á su madre La tía Aurorita tira de ella.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior de un gran establecimiento de prendería. Izquierda y foro centro escaparates con objetos artísticos, armas, pañuelos de Manila, relojes, alhajas, etc Entre ambos escaparates, formando chaflán, puerta de entrada á la tienda. A la derecha en primer término, puerta de comunicación con el resto de la casa. En el rincón del foro derecha, escritorio. Muebles amontonados. Del techo penden arañas pintadas en las bambalinas, etc.

ESCENA PRIMERA

ELENA, AURORITA y MARCOS. Este aparece en el escritorio

ELENA — Es un verdadero cargo de conciencia no saber á punto fijo donde viven, ni qué es de ellas, ¿verdad, Marcos?

MAR. — Mucho, mucho. Ya sabes que yo en tocante á tu familia, te dejo con libertad absoluta para hacer lo que quieras.

AUR — Pero ¿qué vais á hacer? Si no quieren oir hablar de vosotros para nada. Si no asistieron á vuestra boda. Si á las personas que las preguntan por tí, los dicen que estás en París con tu tío el de Méjico.

ELENA — ¿Pero, qué tío es ese?

AUR. — Como no sea un primo segundo de tu madre, un malacabeza que se marchó á América hace veinte años, y no se ha vuelto á saber de él. .

ELENA Por supuesto que dirán que es muy rico.

AUR. ¡Figúrate! Y hasta es posible que hayan dado algún que otro sablazo á cuenta del parentesco.

MAR. ¿Te parece que las mandemos el retrato de ese señor, vestido de *gaucho* que compré la otra tarde? Hará una buena pareja con el de tu abuelo.

ELENA No os riais de sus locuras que son bien tristes. Es preciso saber donde viven.

AUR. Mira, hija mía; pídeme lo que quieras, menos que vaya á visitarlas; que el día que fuí á anunciarlas tu boda, por poco me tira tu madre por las escaleras abajo.

ELENA Si yo no digo que las veas; pero enterarse como viven, en dónde viven. Es preciso estar á la mira...

MAR. Mucho... mucho. Tiene razón Elenita. Al fin y al cabo, son su madre y sus hermanas. Yo, en su caso, haría lo mismo.

AUR. No es tan fácil saber donde viven, porque, como se mudan á menudo y tienen buen cuidado de no decir á la portera donde se van, para que no las sigan los ingleses...

ELENA ¡Qué vida más amarga!

MAR. Mucho, mucho.

AUR Que yo sepa han vivido en la calle de Ferraz, en un primero; después en la calle de Santa Isabel, en un segundo, luego en la de Barbieri, en un tercero

MAR. Ahora es posible que vivan en la de la Arganzuela en un cuarto.

AUR. Cada mudanza cambian de barrio.

ELENA ¡Pobrecillas! Se ve que cada vez van hacia abajo.

MAR. Querrás decir hacia arriba.

ELENA No es para tomarlo á broma, Marcos: hay que hacer algo por ellas sin que ellas lo sepan; como sea.

MAR. Mucho, mucho. Ya te he dicho cien veces que yo apruebo lo que tú hagas. ¿Te crees que las tengo rabia porque me llaman trapero? ¡Si lo he sido! ¡Y á mucha honra!

AUR. Eso sí, no faltan ningún día al paseo de

Recoletos. Ayer las ví y volvieron la cabeza.

ELENA ¿Y qué tal iban?

AUR Ellas siempre han sido unas cursis; pero como ahora van más modestas, no se echa de ver tanto.

ELENA ¿Iban solas?

AUR Completamente.

MAR. Me voy á la subasta del Juzgado: si viene algún trapero que se espere; que vuelvo en seguida.

ELENA No me dejes mucho tiempo sola; que todavía no estoy al tanto del negocio.

MAR. ¿No has de estar? Si eres más lista que...

ELENA Que la otra. Dilo, hombre, dilo: ya sabes que no me enfado.

MAR. Pero se enfada tu tía. Hasta ahora. (Vase á la calle.)

ELENA Es un santo; el día que se muera debían canonizarlo.

AUR. ¡Un santo, prendero! Le harían abogado. contra la polilla.

ELENA Ríase usted, tía; pero bendita sea la hora en que me vine á vivir con usted

AUR. Querrás decir la hora en que yo me mudé á ese cuarto de enfrente.

ELENA Y en que le mandó usted á comprar el piano. La verdad es que nadie sabe dónde tiene la felicidad.

AUR. ¡Ya ves! ¡Quién había de decir que tú ibas a encontrar la tuya en una tienda de muebles usados!

ELENA Justo es que alguien se la encuentre donde tantos se la van dejando mueble á mueble.

AUR. Tu madre y tus hermanas, sin ir más lejos.

ELENA ¡Pobrecillas! ¿Qué harán ahora?

AUR. En Recoletos. Yo creo que hasta Colón las saluda de tanto verlas...

ESCENA II

DICHAS y UN VIEJO MODERNISTA que sale por el foro izquierda, puerta de entrada á la tienda

VIEJO — Buenos días. ¿Toman ustedes aquí antigüedades?

AUR. — Según qué antigüedades. Tomamos cosas antiguas.

VIEJO — Pues eso quise decir; no pretendo que me tomen á mí, que también soy antiguo.

ELENA — (A Aurorita.) ¿Y qué entendemos nosotras? Le diremos que venga luego.

AUR. — (A Elena.) Deja, mujer: no sea una ganga y se la lleve otro. Esto de las antigüedades es cuestión de oportunidad. Ya ha habido quien ha comprado un Greco por tres pesetas.

ELENA — Pero, ¿usted es capaz de distinguir un Goya de un Velázquez ó de un Rosales?

AUR. — ¿Yo? De Goya, de Velázquez y de Rosales no distingo más que los tranvías.

VIEJO — (Después de haber desliado de varios papeles un objeto se lo entrega á Aurorita.) A ver si esto les hace á ustedes.

AUR. — (Mirándolo con extrañeza y enseñándolo á Elena.) ¿Qué será esto?

ELENA — Parece un biberón.

AUR. — O un pistero.

VIEJO — Esto lo usaban los romanos para alumbrarse.

ELENA — ¿Para alumbrarse?

AUR. — Lo llenarían de aguardiente. (Hace ademán de beber.)

VIEJO — Si no es para beber. Es un candil.

AUR. — ¡Un candil!

VIEJO — Sí, señora: aquí se echaba el aceite y por el pitorrito salía la mecha. Es un candil de las catacumbas.

ELENA — (Aparte.) Tía; ¿usted las conoce?

AUR. — (Aparte) Creo que eran unas señoras romanas.

VIEJO Se ve que perteneció á los cristianos, porque tiene grabadas las tres cruces del Calvario.

ELENA ¿Y esto será muy antiguo?

VIEJO Muchísimo; de tiempo del Imperio.

AUR. De Napoleón, mujer.

VIEJO No; no señora; del Imperio romano. De cuando vivía Jesucristo.

ELENA ¡Qué atrocidad!

VIEJO Tiene un mérito extraordinario.

AUR. El de haber durado tantos siglos sin romperse. Eso es barro, y no los cacharros que se fabrican ahora.

VIEJO Además tiene el mérito de haber alumbrado á los primeros mártires del cristianismo. Ya quedan muy pocos.

AUR. ¿Mártires? ¡Muy pocos!

VIEJO No; si digo candiles romanos.

AUR. ¡Ah! Claro; con esto de la luz eléctrica...

VIEJO ¿Conque hace?

ELENA (Aparte á Aurora.) Le diremos que vuelva cuando esté Marcos.

AUR. (Aparte.) Mujer, ¿y si es una ganga? Déjame tantearlo.

ELENA (Aparte.) Va á pedir una barbaridad.

VIEJO Les advierto á ustedes que ya quedan muy pocos.

AUR. El caso es que como está tan usado...

VIEJO Señora; pues ese es su mérito.

AUR. La gente quiere ahora antigüedades nuevas.

VIEJO No sé qué es eso.

AUR. (Ni yo tampoco.) Que.. quiere cosas nuevas imitando á las antiguas.

VIEJO Vamos, sí; *novedades viejas.*

AUR. Eso.

VIEJO Así está el Arte, que no tiene faz propia.

AUR (A Elena.) No sé de lo que habla este tío.

VIEJO Así estamos postergados y sin tener que comer los artistas que traemos cosas nuevas.

AUR. (Aparte.) ¿Pues no dice que trae cosas nuevas y se trae un candíl de cuando andaba Dios por el mundo?

VIEJO ¡Oh! ¡El modernismo!

ELENA (A Aurora.) Debe ser pintor.

AUR. No tiene pinta.

VIEJO ¡El modernismo! (Transición.) ¿Me compran ustedes el candil?

AUR. Si acaso para convertirlo en una salsera.

VIEJO ¡Un candil de las Catacumbas convertido en una salsera!

AUR. Ya sabe usted que ahora la moda es dar á las cosas antiguas distinto uso del que tenían.

VIEJO Ya, ya lo sé: de una campana hacer una lámpara; de un hacha de abordaje un termómetro, de una sobrepelliz unos almohadones y de todo un Dios Penate, un pisa papeles.

AUR. Caprichos de la moda.

VIEJO Lo peor es que lo mismo que con los objetos antiguos se está haciendo con los ideales. Todo se está adulterando.

AUR. Y menos mal si no se adulterasen más que los ideales; lo malo es que se adulteran también los comestibles.

VIEJO Señora, quédese usted con el candil y haga de él lo que le dé la gana.

AUR. Bueno; pero ¿y el precio?

VIEJO Es una joya arqueológica.

AUR. ¿En qué quedamos? ¿Es arqueológica ó es romana?

VIEJO Quedamos en que se la dejo en treinta pesetas.

ELENA (Aparte.) ¿Lo ve usted, tía?

AUR. (Aparte.) Ahora verás. (Al Viejo.) ¿Le es á usted lo mismo tres pesetas?

VIEJO ¿Tres pesetas un candil de las Catacumbas? (Pausa.) Vengan. (Da solemnemente el candil á Aurorita.)

AUR. (A Elena.) Este tío nos ha engañado.

ELENA (A Aurora.) ¡Pobrecillo! Le harán falta para comer. (Va al cajón por el dinero.)

AUR. (Aparte.) Como pase antes por la peluquería se queda en ayunas.

ELENA Tome usted.

VIEJO (Aparte.) ¡Un documento de los albores del cristianismo vendido en tres pesetas! ¡Y aun dicen que España es un pueblo de creyen-

tes!... (A Aurorita y Elena.) Eso, si viene un *yankee* lo venden ustedes en cien *dollars*.

AUR. (Este gachó nos ha timado tres pesetas.)

VIEJO Que ustedes lo pasen bien. (Vase foro izquierda.)

ELENA Me parece que vamos á tardar en pasarlo.

AUR. ¿Quién sabe, mujer? Ya te he dicho que esto de las antigüedades es todo convencional; lo mismo valen tres pesetas que tres millones. Todo estriba en la astucia de quien lo vende y en la idiotez de quien lo compra.

ELENA Se va á reir poco Marcos cuando lo vea.

AUR. ¡Puede que le parezca una ganga!

ESCENA III

DICHAS y BENITA por el foro izquierda

BEN. Muy buenas tardes, señoritas.

ELENA ¡Calla! Benita.

AUR. (Aparte.) Esta trae otra antigüedad. La deuda de mi cuñada.

ELENA ¿Cómo tienes los chicos?

BEN. Todos buenos.

ELENA ¿Y tu marido?

BEN. Pues á eso vengo. Me va usted á perdonar el atrevimiento, señorita Elena; pero usted, que es tan buena, se avendrá á razones. Y me alegro que esté aquí doña Aurorita, que también está enterada de todo.

ELENA Ya me lo figuro. Todavía no te han pagado la deuda.

BEN ¿Pagármela? ¿Querrá usted creer que han tenido la... ¡no sé lo que iba á decir! de ponerme por juicio y soltarme un abogado que dice que es un préstamo y que no puedo cobrarlo por no sé qué nueva ley que han hecho para eso de la usura? ¡Miren ustedes que decir que soy usurera cuando en cuatro años y medio, ya va para cinco, no me han dado ni un céntimo! Después que podíamos tenerlo tan ricamente metido en eso de los valores declaraos de la Deuda

Eterna, ó del *monipolio* de la Tabacalera, que dicen que da un interés mu decente.

ELENA Tranquilízate, mujer, que todo se arreglará.

BEN. Mire usted, señorita Elena: si fuera por mí, todo estaba arreglado; pero mi marido dice, y con razón, que él nada tiene que ver con esas señoras, y, lo que no ha hecho nunca, ayer me puso la mano encima porque disputamos sobre lo mismo y estoy temiendo que un día salga del mostrador y se vaya á buscar á doña Esperanza y haga un desaguisao que sea la ruina de todos.

ELENA ¡No, por Dios! Dile que yo os iré pagando como pueda. Hoy mismo te llevarás una cantidad.

BEN. ¡Ay, señorita Elena! No sabe usted lo que se lo agradezco; no es por el dinero, sino por la tranquilidad de mi casa.

ELENA Lo que siento es no podértelo dar de una vez; por lo mismo que es tan bueno, tengo reparo en decírselo á mi marido.

AUR. Yo se lo diré.

ELENA ¿Para qué, tía? Ya lo iré ahorrando de mis gastos.

BEN. Tiene usted que ser muy feliz, porque es una santa. No puede usted figurarse la alegría tan grande que me entró cuando me dijeron que se había usted casado con un hombre de bien y que tiene dinero.

AUR. ¿Ya sabrá usted que no vinieron á la boda?

BEN. Lo sé todo; y que no quieren ni oir hablar de la señorita Elena, porque á menos tienen ellas el tratarse con un trapero. ¡Como á ellas las da por la aristocracia!...

AUR. ¿Y de los novios? ¿Sabe usted algo?

BEN. ¿El Condesito y el Marqués? ¡Buen par de puntos están! ¿Se acuerda usted, señorita Elena, que delante de usted quedaron en pagarme? Pues á los pocos días me los topé en la *kermese* del barrio que iban con unas socias; les llamé aparte, y ¿sabe usted lo que me dijeron? Qué cuánto iba yo ganando en la comedia.

ELENA ¡En buen concepto las tenían!

BEN. No los quise contestar, porque como estábamos en un baile y ellos son unos señoritos, no se fuera á creer la gente que se trataba de otra cosa.

AUR. Pero ¿siguen con ellas?

BEN. ¡Qué han de seguir! ¡Ni volverlas á ver desde aquella tarde!

ELENA Eso ya me lo figuraba yo.

BEN. Pues mire usted; todo hay que decirlo: yo creí que me pagarían.

ELENA Infamias de la vecindad.

BEN. Pues, anda, que los vecinos de ahora son de abrigo.

AUR. Yo creo que para murmurar todos los vecinos son iguales.

ELENA ¿Dónde viven?

BEN. ¿No lo saben ustedes?

AUR. Sabemos que han mudado tres ó cuatro casas.

BEN. ¿Tres ó cuatro? ¡Docenas! ¡Como que las ha mandado aguinaldo en Nochebuena el de los carros de mudanzas! Ahora viven... viven Tres Peces, sesenta, en una casa de corredores con una escalera que parece la del patíbulo.

ELENA ¡Pobrecillas! ¡Estarán en la última!

BEN. ¿En la última? Ya puede ser que se hayan mudado á otra.

ELENA Si digo que ya apenas les quedarán muebles.

AUR. Y aunque no los hubiesen vendido ¿qué muebles quieres que les queden con tanta mudanza?

BEN. La última vez que las ví, todavía tenían los muebles del salón; pero como las habitaciones son muy bajas de techo, el retrato del abuelo lo han puesto tan inclinado que parece enteramente que está saludando á los que entran.

AUR. ¿No será que se querrá escapar del marco por no ver las majaderías que hacen sus descendientes?...

ELENA ¿Qué criada tienen? Porque ya sabe usted que Isabel se marchó al pueblo.

BEN. Estuvo á despedirse de mí y me dijo que la

había usted pagado los salarios que la debían.

AUR. ¿Qué criadas quieres que tengan?

BEN. A mí las últimas veces que he ido me ha abierto la señorita Lola.

ELENA ¡Qué apuros pasarán para guisar, porque ni mi madre ni mis hermanas saben freir unas patatas.

AUR. Los verdaderos apuros serán para comprar lo que guisen.

ELENA ¡Pobrecillas! Hay que hacer algo por ellas, tía Aurorita; como sea; pero hay que hacer algo.

AUR. ¿Y cómo? No parece sino que no las conoces. Son capaces de morirse de hambre antes que dar su brazo á torcer.

ELENA ¡Tan bien como hubiéramos podido vivir con la viudedad de mi madre y lo que nosotras trabajásemos en cualquier oficio!

AUR. Tu madre es la culpable de todo

ELENA Pero lo ha hecho de buena fe; cegada por el amor á sus hijas.

BEN. ¡Sí que dan lástima! Créame usted, señorita Elena, que si las he reclamado la deuda ha sido porque no tenía más remedio. Que usted no sabe lo que es no tener una comida tranquila, un día al gre. En fin, con decirles á ustedes que hasta en la cama tenemos peloteras.

ELENA Sí, lo comprendo.

BEN. Y luego que los negocios van cada vez peor; que cuando yo me casé no éramos más que tres carniceros para todo el barrio, y ahora hay uno en cada esquina, que no sé ni cómo vivimos.

ELENA Pues, nada; dile á tu marido que eso corre de mi cuenta.

BEN Al fin tendremos paz.

ELENA Y espérate, que ahora mismo te voy á dar cincuenta duros. (Vase por la derecha.)

BEN. ¡Qué sencilla es; no parece hermana de las otras!

AUR. Esta no es Guevara; esta es Rodríguez. Ha salido toda á mi hermano.

BEN. Tiene usted razón. Es todo el retrato del señor (q. e. p. d.)

AUR. ¡Pobrecillo! ¡Si abriera el ojo y viese lo que está pasando en su casa!.. ¡Siempre fué enemigo de su boda con mi cuñada!...

BEN. Pues se llevaban muy bien.

AUR. Porque era un bendito, como todos los Rodríguez.

ESCENA IV

DICHAS, MARCOS por el foro izquierda. Después ELENA por la derecha

MAR. (Que viene de la calle.) Ya estoy aquí. (Fijándose en Benita.) Buenas tardes.

BEN. Buenas las tenga usted.

AUR. Es la Benita, la criada que fué de casa de Elenita.

MAR. ¡Ah, sí! Me hà hablado muchas veces de usted; la Benita, la que se casó con el carnicero, la de.. la deuda.

BEN La misma.

MAR. Mucho, mucho.

AUR. (¡Pero qué inoportunos son todos los maridos!)

BEN. ¿Usted es el esposo? Que sea por muchos años.

ELENA (Sale precipitadamente por la derecha con el dinero en la mano.) Tengo que dártelo todo plata. (Se queda sorprendida al ver á Marcos y deja caer algunos duros.)

MAR. Pero, ¿qué pasa?

AUR. No; nada.

BEN. Es que...

ELENA Que... que le iba á dar este dinero á la Benita.

MAR. Mujer, ¿y por eso te turbas?...

ELENA (Disimulando.) No; si no me turbo.

AUR. ¡Vaya, qué tonterías! ¡Que Elenita va á pagar á Benita la deuda de su madre, y la traía á cuenta cincuenta duros!

MAR. ¡Mucho, mucho!

BEN (¡Pues no le parece mucho!)

MAR. Pero, ¿no me has dicho que eran siete mil reales?

AUR. Es que quiere ella ir pagándolo de sus ahorros.

MAR. ¿Pero eres tonta? Guarda ese dinero. (Saca la cartera.) Ahora la daré, señora, los siete mil reales.

BEN. Si es igual á plazos.

AUR. Conozco yo mejor que tú á tu marido. ¡Ay! ¡Como que soy vecina suya hace diez años!

MAR. Ya te he dicho mil veces que me parece muy bien todo lo que hagas por tu famila.

BEN Señorita, son ustedes tal para cual.

MAR. Tome usted, señora. (La paga en billetes.)

BEN (Guardándose los billetes en el pecho.) Me voy, que ya los chicos deben estar al salir de la escuela y son capaces de comerse la carne cruda.

ELENA Adiós, Benita; y déjese usted ver.

BEN Pierda usted cuidado que ya vendré á echar una parrafada.

AUR. Tenga usted cuidado con el dinero, no se lo roben.

BEN Lo llevo aquí, (Señalando al pecho.) En el cajón del mostrador.

MAR. Mucho, mucho. Diga usted á su marido que aquí tiene un amigo.

BEN. De su parte. Adiós, doña Aurorita, que siga usted tan tiesa.

ELENA Besos á los nenes.

BEN. Gracias. (Abriendo la puerta.) Y á ver cuando se puede decir á ustedes lo mismo. (Vase á la calle.)

MAR. Pero, mujer, ¿tú por qué te ocultas de mí para favorecer á tu familia?

ELENA No me regañes.

AUR. Porque es tonta.

ELENA Porque sentiría disgustarte.

MAR. ¿Disgustarme? No parece sino que no es tuyo, lo mismo que mío, todo lo que hay en esta casa! ¡Pues poquito orgulloso que estoy yo contigo! ¡Preciosa! ¡Si veo por tus ojos! ¡Si hasta me has quitado la muletilla!

AUR. Vaya, (Mirando por un escaparate) voy á sacar los pájaros, que ya está dando el sol en los balcones.

ELENA Espere usted, tía Aurorita, que hay que enseñar la compra que hemos hecho. Hemos comprado... ¿El qué hemos comprado, tía Aurorita?

AUR Una luz de unas mártires romanas que se llamaban las Cata... no sé cuantos.

ELENA (Dándole el objeto á Marcos.) Míralo.

MAR. ¡Hombre! ¡Candil de las Catacumbas!

AUR. Ea, ¿no te decía yo que podía ser una ganga?

MAR. Según: por esto no debemos dar nosotros más de quince pesetas.

ELENA (Gozosa.) Pues nos ha costado tres.

AUR, Pero nos pidieron treinta.

MAR. ¿Os pidieron treinta y os lo han dejado en tres? Timo.

ELENA Nos lo ha vendido un tipo muy raro con melenas.

MAR. No digas más. Es un sinvergüenza que se dedica á falsificar cosas antiguas. De fijo que ha estado esperando á que yo saliera de la tienda. Le conocemos todos los del gremio.

AUR. ¿De modo que no se distinguen más que en el precio?

MAR. Nada más. ¿Quiere usted que sea auténtica? Tráete una etiqueta de treinta pesetas.

ELENA (Trayendo una etiqueta de un cajón del escritorio.) Pero, hombre, ponle una de cuatro.

MAR. (Poniéndola en el escaparate.) Si le pongo una de cuatro, tenemos candil para toda la vida.

AUR. Las personas tenemos peor suerte que los cacharros: cuanto más viejas valemos menos.

ESCENA V

DICHOS y FERMÍN, que sale por la puerta de la calle

FER. A la paz de Dios.

MAR. Hola, Fermín. ¿Traes algo?

FER Poca cosa. Ahora no venden en las casas más que porquerías.

AUR. Empieza por no haber casas.

FER Lo que usté ha dicho, doña Aurorita. Ahora se pone una casa con cuatro palitroques retorcidos, que luego no sirven ni para leña.

ELENA El arte modernista.

FER El arte... económico. Ya no hay aquellos roperos de nogal, ni aquellos butacones de palo santo. Ahora, una persona gorda, entra en un salón y no encuentra silla que la resista.

MAR. ¿Qué traes?

FER. Que á usted le haga, nada más que dos cosas. (Asomándose á la puerta.) Chico, trae esas dos cosas que hay apartadas para don Marcos. (Enseñándole una escopeta.)

MAR. (Cogiendo la escopeta.) Alemana. ¿A ver si está derecha? (Apunta.)

AUR. ¡Cuidado! ¡No esté cargada!

MAR. Es lo mismo; no sale el tiro.

FER. (Enseñándole un cuadro con un retrato, que será el mismo que apareció en el acto primero colgado encima del piano.) Y este retrato.

ELENA ¡¡Mi abuelo!! (Llora.)

FER. Le he comprado en la calle de los Tres Peces, por un duro.

AUR. Ponle una etiqueta de mil; que nadie va á creer que es auténtico.

ELENA ¡Dios mío! (Llorando.) ¡Cómo estará aquella casa, cuando han vendido hasta el retrato del abuelo! ¡Mi madre, que decía siempre que antes saldría ella con los pies pa alante que venderle!...

MAR. ¡Mucho, mucho!

ELENA ¡Anda, Marcos, por Dios! ¡Tía Aurorita, vayan ustedes por ellas inmediatamente, que deben estar pereciendo. ¡Pobrecillas!

MAR. Mucho, mucho. Vamos, doña Aurorita; tomaremos un coche.

AUR. Yo hablaré á las chicas; pero lo que es á tu madre...

MAR. A tu madre la traigo yo aunque sea con cuatro mozos de cuerda, como á los pianos.

ELENA ¡Lo que habrán pasado las infelices! (Llora.)

MAR. (Poniéndose el sombrero.) Vamos. (A Fermín.) La

escopeta te la puedes llevar. El retrato me quedo con él.

AUR. (Echándose un velo del escaparate.) Menos mal si escarmienta. (Vanse.)

ELENA Que no os vengais sin ellas. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Cómo estarán las pobres!

FER. ¿De modo que las señoras que me han vendido el cuadro son de la familia?

ELENA ¡Mi madre y mis hermanas!

FER. ¡Sí que deben andar atropelladas, porque estaba la casa desamueblada y tenían cara de hambre!

ELENA Por empeñarse en aparentar lo que no tenían, regañaron con todos.

FER. Hay mucha miseria en Madrid, señorita. Y más entre la gente de levita que entre la de blusa. Eso nadie lo sabe mejor que nosotros. ¡Asusta ver el número de casas que se deshacen!

ELENA ¡Y el número de personas que mueren de enfermedades que no son más que debilidad y miseria!

FER. Bueno, señorita. Ahí dejo eso. Mañana volveré.

ELENA Adiós, Fermín.

FER. Y menos mal que esos tienen quienes les recojan. (Vase á la calle.)

ELENA ¡Pobre abuelito! Has hecho bien en venir á avisarme. ¡Ah! Si hablases me darías la razón. Me la estás dando con los ojos: «Tú estabas en lo cierto—parece que me dice—tú comprendías que la salvación no estaba arriba, sino abajo... Cuando una escalera se tambalea, á nadie se le ocurre seguir subiendo; todo el mundo desciende por instinto.» (Vuelve el retrato con respeto.)

ESCENA VI

ELENA, SARA, ÁFRICA, JULIO y PEPE

SARA (Entra, con Africa delante. Detrás Julio y Pepe, hablando y riéndose.) Muy buenos días. ¿Hace

usted el favor de enseñarnos esa lanzadera que tiene en el escaparate?

ELENA (Yendo hacia el escaparate.) ¡Huy! ¡Los que se iban á casar con mis hermanitas! ¡Como con éstas! (Abre el escaparate y busca la lanzadera.) Aquí la tiene usted, (Dándole la sortija á Sara y aparentando que no conoce á Julio y Pepe.)

PEPE (Aparte á Julio.) ¿Te has fijado?

JULIO ¿En qué?

PEPE Que la prendera es Elenita.

JULIO Sí que se le parece muchísimo.

PEPE ¡Como que es ella!

JULIO ¡Qué va á ser!

AFRICA (A Sara) Se me hace un poco charra.

JULIO ¿Tú crees, que si lo fuese, no nos hubiese saludado?

PEPE Sí; por lo bien que quedamos con sus hermanas.

SARA (A los chicos.) A ver qué os parece. Africa dice que es un poco charra.

PEPE Sí; tiene mucha piedra.

ELENA (Aparte.) Esos andan locos pensando si soy ó no soy la misma.

SARA (Volviendo hacia el escaparate.) ¿Hace usted el favor de aquella otra más fina?

PEPE Que es.

JULIO Que no es.

PEPE ¿Te apuestas el almuerzo para los cuatro?

JULIO Apostado. ¡Mira que Elenita prendera! La mata antes su madre.

PEPE Eso es lo único que me despista.

JULIO Sabe Dios á dónde habrá ido á parar toda la familia.

SARA (A Julio.) Esta es más fina, ¿verdad?

PEPE (Á Elena.) Me va usted á perdonar. ¿Usted no me conoce?

ELENA No tengo el gusto.

PEPE Usted dispense.

ELENA No hay de qué.

JULIO (A Sara, sosteniéndola la mano, después de hacer que examinaba la sortija; pero en realidad mirando de reojo á Pepe y á Elena) Esta es más elegante.

PEPE (Volviendo á donde está Julio) Chico, tenías razón. He perdido el almuerzo.

ELENA (Aparte.) No dirán mis hermanas que hasta última hora no he sabido respetar el abolengo de la familia.

SARA (Después de consultar con Africa.) ¿Qué precio tiene esta?

ELENA Cuatrocientas pesetas.

AFRICA ¡Calle usted, por Dios, eso es muy caro.

ELENA Es lo último.

SARA ¿Habéis oído?

JULIO ¿El qué?

SARA ¡Cuatrocientas pesetas!

PEPE (En broma.) No hemos oído nada.

SARA (A Julio.) ¿Te parece en trescientas cincuenta?

JULIO Bueno, mujer, quédate con ella.

ELENA Vaya; por no dejar mal á ese señorito...

JULIO Ahí va. (Paga.)

AFRICA (A Pepe.) Ya me podías tú regalar otra, roñoso,

PEPE Te la debo. Hoy acabo de perder el almuerzo.

SARA Buenos días.

ELENA Salud para gastarla.

AFRICA Adiós, señora.

PEPE Es usted el vivo retrato de la hija de un magistrado que yo he conocido. (Haciendo mutis.)

ELENA ¡Tú qué has de haberla conocido!... Yo sí que os conocí á vosotros. Estas serán, de fijo, algunas infelices como mis hermanas... Es decir; estas son mucho más infelices. Estas no tienen madre, por lo visto, y si la tienen, no las quiere tanto á sus hijas como la mía. ¡Pobres! ¡Pobres! ¡Qué á punto de perecer en la lucha!... ¡Ya están ahí! ¡Si las han visto en el camino, habrán acabado de convencerse!

ESCENA VII

ELENA, DOÑA ESPERANZA, AURORITA, JUANA, LOLA y MARCOS

ELENA (Corriendo hacia la puerta en el momento que entra su madre.) ¡¡¡Madre!!! (La abraza locamente conduciéndola, abrazada, hasta el centro de la escena.)

¡Juana! ¡Lolita! (Todas se abrazan y permanecen formando un grupo conmovedor.)

AUR. (Jipando y sacando el pañuelo. Aparte.) Se me saltan las lágrimas.

MAR. (A un lado, contemplando el cuadro.) ¡Mucho! ¡Mucho!

ELENA (Desasiéndose de su familia y fingiendo gran alegría.) Ea; basta ya de llorar y de entristecerse. Que, afortunadamente, todo cuanto hay en esta casa está á vuestra disposición. ¿Verdad, Marcos?

MAR. Mucho, mucho.

ELENA Mamá, te voy á quitar ese sombrero, que está muy ridículo. Marcos, saca la mejor mantilla de encaje que tengamos. (La quita el sombrero.)

ESP. Pero muchacha, ¿qué haces?

AUR. (Aparte.) En este momento está sufriendo lo mismo que un rey á quien le quitan la corona.

ELENA (Dándola la mantilla que ha traído Marcos.) Toma: esto vale por ochenta sombreros. Por eso han dejado de llevarse.

MAR. Mucho, mucho.

ELENA Y vosotras quitarse también esas cursilerías, que huelen que apestan á baratas. (Va al escaparate.) Tomad peines de lujo. Veréis qué guapas vais á estar. Mirad qué mantones más bonitos para que los luzcais en las verbenas. (Saca un par de mantones de Manila del escaparate.)

JUA. ¡Chica! ¡Qué precioso!

LOLA ¡Son riquísimos!

ELENA Ya os vestiremos mejor. ¿Verdad, Marcos?

MAR. ¡Mucho, mucho!

ELENA ¡Ah, mamá! Te guardo una sorpresa. (Le enseña el cuadro.) ¡Mira!

ESP. ¡El abuelo!

JUA. ¿Cómo ha venido aquí á parar?

ELENA Ha venido á avisarme que fuera por vosotras.

ESP. No sabes lo que me alegro. Fué lo último que salió de casa.

ELENA Lo colgaremos en tu cuarto. Y vosotras ahí tenéis el piano que os está esperando.

LOLA ¿Pero cabremos todos en esta casa?

ELENA ¿No cabíais en el automóvil de Julio? Aquí seréis muy felices; ¿verdad, tía Aurorita?

AUR. Mucho, mucho. Ya se me ha pegado la muletilla de tu marido.

MAR. Lo que se está pegando es el arroz. Vamos á la mesa.

ESP. (Llorando.) ¡Tenías razón, hija!

ELENA Con los de abajo, madre, con los de abajo. Los de arriba harto tienen con defenderse. (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras del mismo autor

Caza de almas.—Comedia en un acto y en prosa, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara. (2.ª edición.)

Ramitos de flores.—Entremés en prosa, muy adecuado para beneficios de damas jóvenes, estrenado con gran éxito por la genial Loreto Prado en el Teatro Cómico.

La matadora.—Comedia en dos actos y en prosa, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara.

La visión de Fray Martín.—Zarzuela en un acto y cinco cuadros, en prosa, música del maestro Giménez, estrenada en el Teatro Lírico.

El nene.—Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el Teatro Lara.

A las puertas de la dicha.—Ensayo dramático en un acto y en prosa, escrito expresamente para Loreto Prado, estrenado en el Teatro Moderno.

Miss Full.—Humorada cómico-lírico-bailable en medio acto y en prosa, dividido en dos cuadros, estrenada en el Teatro Moderno.

Los contrahechos.—Zarzuela en un acto, dividido en cuadros, en prosa, música del maestro Chapí, estrenada en el Teatro Eslava.

Ruido de campanas.—Comedia lírica en un acto y en prosa, música del maestro Lleó, estrenada en el Teatro Eslava. (Tercera edición.)

La cama de matrimonio y el cuartel de caballería.—Apropósito, estrenado en el Teatro Eslava.

Las bribonas.—Zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, música del maestro Calleja, estrenada en el Teatro de Apolo. (Tercera edición.)

Caza de almas.—Comedia lírica en un acto y en prosa, música del maestro Calleja, estrenada en el Teatro de Apolo. (Segunda edición.)

¡*Juventud, juventud*!—Comedia de costumbres en un acto y en prosa, estrenada en el Teatro Salón Regio.

El banco del Retiro.—Apuntes teatrales, tomados del «carnet» de un periodista, en un acto, música del maestro Calleja, estrenados en el Teatro de Apolo.

El «cine» de Embajadores, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música del maestro Calleja, estrenada en el Teatro de Apolo.

Los fantasmas, comedia en un acto y en prosa, estrenada en el Teatro de la Zarzuela.

El poeta de la vida, zarzuela en un acto y tres cuadros, música del maestro Calleja, estrenada en el Gran Teatro.

Los vencidos, comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el Teatro Lara.

Precio: 1,50 pesetas